

## EL PAPEL DE LA UNIVERSIDAD EN TIEMPO DE CRISIS\*

ALFONSO RANGEL GUERRA \*\*

Los orígenes de la educación son anteriores a la historia humana. De hecho, podría afirmarse que los testimonios del hombre prehistórico lo son también de las primeras manifestaciones de la educación, incluido el paso de la vida nómada a la sedentaria. La adquisición de hábitos; el conocimiento del medio ambiente y del movimiento de las estaciones; de las cualidades y características de los productos naturales para su uso en la alimentación, el vestido y la vivienda; el incipiente dominio de la naturaleza; la obtención y perfeccionamiento de tecnologías para la producción de instrumentos para la defensa, la caza o la labranza; el asentamiento en un territorio y sus implicaciones sociales y políticas; la producción de alimentos; el aprendizaje de las formas de la convivencia, inicio de la sociedad humana; todo esto y mucho más no puede concebirse como conquista del hombre si no es a través de la educación, de una tarea educativa desarrollada desde los albores de la humanidad y con la cual fue posible el advenimiento de la historia. Puede afirmarse que la capacidad educadora del hombre está en los orígenes de la sociedad y en ella se sustenta la condición histórica del hombre. Con la educación es posible el mantenimiento y preservación de los conocimientos adquiridos y la adquisición de otros nuevos. En este sentido, cada generación recibe de la anterior el saber acumulado y en ella se proyecta la posibilidad del progreso. En el momento en que comienza la historia, la educación adquiere un nuevo valor como acto conciente del individuo y la sociedad para formar las nuevas generaciones, transmitir el conocimiento, perfeccionarlo y enriquecerlo. Sin embargo, la educación no se separa, todavía, como una actividad específica y está inmersa en el complejo de acciones humanas en que se hace la vida. Una situación diferente surgirá desde el momento en que la educación se realice como un trabajo especial a cargo de personal dedicado exclusivamente a esta actividad.

La experiencia humana, adquirida en el desarrollo de la actividad educativa y en su larga historia, permitirá identificar en la educación uno de los trabajos más preciados para el mejoramiento y superación del hombre y su sociedad. Por eso, en todas las épocas de la historia, es fácil encontrar ese reconocimiento al acto mismo de educar, y desde el momento en que se institucionaliza con el surgimiento de la escuela y la función profesional del maestro, se le otorga un lugar importante entre las actividades impulsadas por la sociedad. Sin embargo, en el complejo proceso de la vida social y una vez que se establece la educación como sistema, cuyo tiempo y protagonistas están ya separados de las otras actividades humanas, puede llegar a ocurrir que esta tarea tan importante y delicada, de la que propiamente depende la permanencia y la transformación de la sociedad, la civilización y la cultura, al convertirse en un acto cotidiano derive por la fuerza de la circunstancia hacia lo rutinario, desprovisto de sus más esenciales valores, carente del vigor y capacidad de realizar el objetivo primordial en el que se identifica su naturaleza esencial, que es la formación del hombre.

La historia de la educación revela el lento proceso de su perfeccionamiento, pero también la existencia de etapas en las que predomina, como signo histórico del momento, la sujeción de la tarea educativa a determinadas condiciones imperantes, cuyo efecto primordial se traduce en situaciones de estancamiento inmovilización y aun retroceso en la educación. Pues si bien la educación posee en su propia naturaleza la posibilidad de llevar al hombre y a la sociedad al cambio y la transformación, reconociéndose como condición necesaria para este desarrollo, también puede ocurrir que la educación, en vez de ser el factor condicionante de la superación individual y social, sea ella misma condicionada y en cierta forma sometida por la misma sociedad, que espera de la educación las respuestas para alcanzar el cambio. Esta doble posición de la educación, que la hace en un determinado momento factor condicionante o factor condicionado del proceso socio-cultural, hace difícil el estudio de sus características en un determinado momento histórico, para dilucidar, conocer o dictaminar las características imperantes: no sólo su fuerza y capacidad para empujar hacia el cambio y la transformación, sino también las limitaciones o imposiciones derivadas de las

---

\*Trabajo presentado en la Conferencia Internacional "Educación, crisis y desarrollo", Universidad de Monterrey, 29 y 30 de septiembre y 1º de octubre de 1987, Monterrey, N.L.

\*\*Secretario General de El Colegio de México.

fuerzas sociales que actúan sobre ella.

Cuando la historia cobra conciencia de sí misma, es decir, cuando el pensamiento histórico reflexiona sobre su propio valor, su objeto de conocimiento y el tiempo o circunstancia histórica en que esto ocurre, se enfocan inevitablemente los aspectos fundamentales del hacer y el vivir humanos, individuales y colectivos, su sentido y su significación en el marco general de la historia y de la existencia. El arte, la religión, la filosofía, la moral, la política, la educación, la sociedad y sus ideologías, todas las expresiones de la cultura y la civilización quedan sujetas al examen crítico de la conciencia y la razón.

Nuestro tiempo se reconoce como un tiempo de crisis. ¿En qué momento se origina ésta? Colocados exactamente en la mitad del último cuarto del siglo xx, a trece años de distancia de la nueva centuria, no podemos dejar de considerar que este tiempo crítico se extiende a todo lo largo de la segunda mitad de la presente, justamente después de terminada la Segunda Guerra Mundial. Esto significa que nacen y se desenvuelven en tiempos de crisis al menos tres generaciones, si utilizamos para identificarlas el periodo de 15 años que suele aplicarse para separar unas de otras. Identificada primero como “Era Atómica” y posteriormente como “Era Espacial”, es posible que finalmente nuestro tiempo se identifique como la “Era de la Informática”, por la significativa y revolucionaria tecnología que transformó radicalmente el uso, manejo y posesión del conocimiento, o al menos de cierto tipo de conocimiento, modificando a pasos acelerados la educación misma y en varios aspectos las formas de comunicación y operación de la sociedad y de la cultura en general. Nunca como antes el hombre tiene ahora a su alcance los beneficios aportados por la tecnología, de los que se han derivado múltiples y diversas transformaciones del ámbito humano y de la misma existencia. Y sin embargo, nuestro tiempo se reconoce como un tiempo de crisis, y aunque ésta puede asumir diferentes manifestaciones, pues su presencia puede ser distinta según el tipo de sociedad y su desarrollo, o sus niveles de subdesarrollo, salvadas estas diferencias puede afirmarse que, cualquiera sea su punto de partida, la crisis es una característica del último cuarto del siglo XX. Obviamente la crisis no está en la tecnología, ni en su desarrollo o utilización, sino en la sociedad; es decir, en el hombre, en sus formas de vida, en los valores que la rigen y en su integración en el contexto general de lo humano. Por lo mismo, la crisis está presente en las diversas manifestaciones y experiencias de la vida humana, entre las que sobresalen la economía, la política y la educación.

La crisis de nuestro tiempo se manifiesta, primordialmente, como una axiológica, lo que se traduce en una deformación o disminución del valor esencial del hombre el individual y el colectivo-, frente a una tecnología cada vez más rica y sofisticada, situación que modifica, como quedó antes dicho, las formas de comunicación para la realización interpersonal, el reconocimiento del individuo como factor supremo en el marco del desarrollo social y la jerarquización de los conocimientos y su papel en la capacidad de comprensión e interpretación de la vida y la sociedad en su propio tiempo.

De acuerdo con la etimología del vocablo, el significado original de la palabra crisis es “decisión”. Y deriva de krino: “yo decido” la palabra crisis se utiliza para designar una situación en la que deberá producirse su solución satisfactoria, o su empeoramiento. Aquí se está aplicando, finalmente, el mismo significado original pues la situación crítica también se resuelve mediante una decisión, ya sea positiva o negativa. En este sentido una situación se califica como crítica porque es una “situación límite”, en el sentido en que está inevitablemente sujeta a una culminación de cualquier orden. Esta definición, impuesta como de la situación crítica, es la síntesis o solución de los elementos en pugna que conforman la situación. Al llegar aquélla, desaparece ésta, cualquiera que sea la naturaleza del resultado.

Si a nuestro tiempo se le considera como un tiempo de crisis, podemos incluir que en ese marco general se contiene la crisis de la educación. En consecuencia, no puede hablarse de ésta sin hacer referencia a la otra. Si esta afirmación es válida, también se puede concluir que, al ocuparnos de la crisis de la educación, se está enfocando a ésta en su característica de factor “condicionado de la sociedad y de la época, y no como su factor condicionante”; es decir, como una actividad sometida por diversas causas a las fuerzas exteriores imperantes, que son primordialmente las económicas, las demográficas, las políticas, las tecnológicas y en general aquellas en que se hace presente la cultura del momento: arte, comunicación, información, etcétera. En la medida en que la acción educativa de una sociedad está más sometida a estas fuerzas externas, y condicionada por ellas, tendrá menor capacidad para influir en la transformación y superación de esa

sociedad. Por lo mismo, este fenómeno se manifestará en dimensiones mayores, en la medida en que sea mayor el ámbito de la acción educativa. Dicho de otra manera: si por una parte la fuerza y capacidad transformadoras de la educación existen en razón inversa a su condicionamiento frente a la sociedad, por la otra esta situación no puede ser superada sólo con la multiplicación o ampliación de la acción educativa. Mayor cantidad de servicios educativos no permitirá obtener una mayor calidad en los mismos. La vieja pugna entre lo cuantitativo y lo cualitativo, aunque es obvia, suele olvidarse con frecuencia, principalmente en tiempos de crisis. Pero esta conclusión debe precisarse, para evitar una interpretación eguivocada.

Es evidente que para países en vías de desarrollo el papel de la educación es primordial en el proceso de mejoramiento y superación de la sociedad en todos los órdenes. Una escolaridad baja de la población en el promedio nacional, es testimonio de carencias cuyo conjunto configura el perfil del subdesarrollo. Detrás de la baja escolaridad se pueden ver: marginación; analfabetismo; incultura; población económicamente activa con escasa o nula formación, capacitación o instrucción para participar en los diferentes sectores del trabajo y la producción; ingresos bajos, migración rural a centros urbanos, con la secuela de problemas de inadaptación, injusticia, insalubridad y aún en ocasiones problemas de identidad nacional, etcétera. En este sentido, la ampliación de los servicios educativos y la multiplicación de aulas y talleres propiciarán una elevación del nivel de escolaridad de un mayor número de individuos y, consecuentemente, de la sociedad en general. Desde este punto de vista, el problema cuantitativo frente al problema cualitativo es igualmente importante, lo que significa que ambos deberán merecer atención similar, esfuerzo difícil de realizar, pero inevitable para poder obtener, a un mismo tiempo, el mejoramiento en la calidad de una educación cada vez mayor en cuanto a aulas, alumnos y profesores. Todo esto se refiere por necesidad a la educación básica, constituida por los niveles primario y secundario. Si en términos educativos el desarrollo general de un país se mide por el número de sus estudiantes en enseñanza media, es fácil comprender la necesidad de ampliar los servicios educativos para estos niveles. Un problema diferente se presenta en la educación universitaria, cuyo papel y objetivos ante la sociedad son distintos de la educación básica.

La universidad no escapa a la crisis educativa y enfrenta situaciones complejas y difíciles. Al igual que la educación en general, está fuertemente condicionada por la circunstancia externa, pero padece, además, dos problemas derivados de nuestro tiempo. El primero es de carácter cualitativo, procede de la misma educación, condicionada por la sociedad: son los estudiantes del nivel inmediato inferior, cuya formación y preparación ha estado sujeta a una acción educativa presionada y sujeta a las condiciones sociales. El segundo es cuantitativo, procede de la sociedad misma y está formado por esos mismos estudiantes, en el número creciente cada año y que solicita ingreso. El primero enfrenta a la universidad con la necesidad de mantener o alcanzar la calidad de sus funciones; el segundo la enfrenta con la masificación. El reto para la universidad en tiempo de crisis radica primordialmente en estos dos problemas, de los que se desprenden otros más. Sin embargo, y antes de pasar a ocuparnos de esto, será necesario plantear el problema general y previo de identificar la naturaleza y funciones de la universidad.

La universidad contemporánea se identifica primordialmente como una institución educativa dedicada a la formación de profesionales. Sin negar la existencia de los estudios de posgrado y trabajos de investigación en algunas, la afirmación anterior es válida como característica general de la universidad de nuestro tiempo. Por ello, las funciones de la universidad se explican fundamentalmente en relación con problemas de desarrollo nacional, requerimientos socioeconómicos, empleo, subempleo y desempleo, movilidad social, y otros aspectos estrechamente vinculados a la vida socioeconómica del país. Lejos quedó aquella concepción de la universidad como el recinto donde se desarrollaba la formación superior del hombre, esto es, su capacidad de raciocinio, de poseer una concepción del mundo y de la vida, la comprensión de los valores éticos y morales que rigen la existencia, la capacidad de evaluar las expresiones estéticas, el desarrollo equilibrado de la sensibilidad; todo lo cual, finalmente, conforma la educación humanista y da al educando la posesión de las virtudes intelectuales para identificar su propia condición y la de su tiempo. Cuando llegó el momento de la educación profesional todo aquello se mantuvo vivo, como parte sustancial de la institución universitaria y se dieron también al estudiante los conocimientos de las profesiones. Al paso del tiempo fueron desprendiéndose de la universidad, como las cortezas de un tronco viejo, todos aquellos saberes que no respondían esencialmente a las exigencias de la educación profesional. Ha quedado finalmente el estudio de las profesiones como la

actividad universitaria principal y en muchas como la única. Paralelamente, en el exterior de la universidad se fue perfeccionando la especialización del conocimiento, conjuntamente con el desarrollo tecnológico en el marco del complejo proceso socio-histórico y cultural de nuestro siglo, que desemboca en el tiempo presente, identificado como tiempo de crisis. La primera pregunta que surge ante este desarrollo histórico de la universidad moderna (expuesto aquí, por razones explicables, de manera sucinta y hasta superficial) es en relación con la causa de esta transformación o simplificación de la actividad universitaria; es decir, si el contexto social, obrando como fuerza externa, ha sido el que ha conducido a esta modificación de la universidad. Si así fuera, la educación universitaria se encontrará en el caso expuesto al principio de estas páginas: sería una educación condicionada por la sociedad misma a la que sirve, y consecuentemente la crisis de nuestro tiempo se estaría reflejando en la crisis de la universidad. Una situación diferente se nos presentaría si la transformación de la universidad se concibiera desde otro punto de vista: como resultado del natural cambio histórico, lo que significaría que la institución universitaria ha asumido su cambio por propia decisión. Sin embargo, la circunstancia actual de la universidad no permite afirmar esto, y tenemos que optar por la primera explicación: la educación universitaria está condicionada por las fuerzas económico-sociales que actúan sobre ella.

Si por una parte la universidad afronta el compromiso de responder a la sociedad, formando los profesionales que ésta necesita, por la otra se ve igualmente presionada por esa misma sociedad para admitir a los solicitantes de nuevo ingreso, cada vez mayores en número. La admisión ilimitada de solicitantes conduce, en poco tiempo, a la universidad hacia la masificación, fenómeno que conlleva otros problemas, principalmente el de la calidad de la educación que deberá proporcionar a los profesionales demandados por la sociedad. Así se genera un círculo difícil de romper, del que se desprende una universidad masificada por las exigencias sociales, y criticada al mismo tiempo por sus niveles de calidad de enseñanza. De los dos problemas que se mencionaron anteriormente como condicionantes de la universidad actual y procedentes de la sociedad, éste del ingreso sin restricciones es el primero; el segundo, como vimos, consiste en la población escolar que toca las puertas de la universidad y que, en su paso por los niveles educativos anteriores, ha recibido una educación afectada por la misma crisis que aqueja a la universidad. Así, la educación superior queda también condicionada por la calidad de la educación primaria y media recibida por sus alumnos de primer ingreso, al mismo tiempo que es enfrentada a una población escolar siempre mayor en número. En este proceso lo cuantitativo afecta lo cualitativo. Hay quienes afirman que un servicio educativo ofrecido a muchos puede tener la misma calidad que el ofrecido a pocos. Se trata, finalmente, de un problema de proporciones, pero aquí sostenemos la afirmación de la disminución en la calidad de una educación universitaria masificada, pues no se trata aquí de un simple aumento de cientos o miles de estudiantes, sino de decenas de miles, para llegar a instituciones con una población escolar de más de cien mil estudiantes. Por otra parte, es evidente que cuando esto ocurre, una calificación institucional generalizada puede ser incorrecta, porque pudiera haber sectores, áreas, escuelas, carreras o grupos que logran mantener sus niveles de calidad, frente al abatimiento o degradación del resto. Sin embargo, este problema no se toca aquí y nos referimos en términos generales a la situación de la educación superior sujeta al problema de la masificación. Pero la crisis de nuestro tiempo se manifiesta en otros varios aspectos de las universidades y sus actividades educativas. Si la crisis en general se puede calificar como axiológica, es evidente que en ella se afectan las condiciones esenciales de la vida del hombre. En esta disminución de los valores primarios que sustentan la existencia humana, actividades fundamentales como la educación, encargadas de mantener, transmitir y enriquecer estos valores, están igualmente sometidas a este fenómeno. Uno de los efectos más importantes derivados de esta situación general se revela en el cumplimiento de los fines de la universidad, limitados a la transmisión de conocimientos, en el mejor de los casos actualizados, pero frecuentemente obsoletos, lo que deja fuera la primordial función de crear nuevos conocimientos. Con este problema se suele presentar el otro, consistente en la incapacidad o insuficiencia para enseñar el uso y aplicación del conocimiento. Esta transformación de la universidad, quizá gradual y constante, de una institución simplemente repetidora de conocimientos generados fuera de ella, generalmente en el extranjero, la despoja de su más esencial e importante función creadora y formadora de los individuos capaces de impulsar la sociedad. De ahí también que el egresado universitario se estime en la actualidad únicamente como un solicitante de empleo enfrentado a un mercado de trabajo con acusados índices de desempleo o subempleo en ciertas profesiones. De ninguna manera se piensa que el egresado universitario puede

ser, con los conocimientos adquiridos en la universidad, el generador de su propio trabajo. Desde este punto de vista, se cierra el círculo del condicionamiento de la universidad: reducida a ofrecer únicamente estudios profesionales; sometida a niveles bajos de enseñanza en su estudiantado y consecuentemente a una calidad educativa que debiera ser superior; masificada y finalmente condenada a ver que sus egresados empiezan a tener dificultades para emplearse.

Sin embargo, la universidad se concibe como la cúpula del sistema educativo; como institución de investigación y creadora de nuevos conocimientos; como formadora de profesionales y especialistas en los que descansa la posibilidad de transformar y mejorar la sociedad; como un importante factor, en fin, para alcanzar el cambio y la superación del país.

La situación por la que atraviesa la universidad moderna es, así, manifestación de la crisis actual, pero es también el problema interno de la institución, y desde este último punto de vista debe enfocarse para intentar la búsqueda de soluciones. Concebida la crisis universitaria como una situación de carácter interno, podemos plantearnos la pregunta: ¿cómo hacer para que la universidad moderna supere su crisis, recupere sus funciones primordiales y adquiera de nuevo el valor fundamental que le corresponde como nivel superior o coronamiento del sistema educativo?

La primera respuesta, aunque parcial, es que la solución, cualquiera que ésta sea, deberá surgir desde dentro de la propia universidad, pues sus problemas pueden haberse generado desde el exterior, como condicionamiento de la universidad, pero sus soluciones no podrían tener este origen. Si la solución debe surgir dentro de la misma universidad, entonces tenemos que volver los ojos a quienes hacen y viven la institución: los profesores, los estudiantes y las autoridades. Esta verdad de Perogrullo plantea, sin embargo, algunas dificultades, y la pregunta inicial se nos transforma para cuestionarnos sobre la capacidad, o más genéricamente, la posibilidad de que los mismos universitarios se enfrenten al problema y propongan soluciones.

La pregunta es válida, porque en principio se está proponiendo que los mismos, que dentro de la institución están sujetos a la condición general imperante, es decir, quienes a un tiempo padecen el problema y lo perpetúan o agudizan con su actitud y actuación, sean quienes rescaten a la universidad y la coloquen en posibilidad de transformación. Esta paradoja se presenta cada vez que se plantea el problema universitario y su solución, y un análisis somero de las condiciones en que se encuentran los tres factores humanos antes señalados aporta alguna luz. Si nos acercamos al profesorado, vemos que en los últimos lustros se ha formado una planta docente que en su mayoría está dedicada de tiempo completo a la enseñanza y de esta actividad recibe sus únicos ingresos económicos. Si bien no es un problema general, sí puede decirse que muchos profesores universitarios de tiempo completo lo son porque en el ejercicio de su profesión no han encontrado un mercado de trabajo con una demanda amplia de ocupación. Todas estas características reunidas, y otras más, nos presentan un tipo de profesorado en el que pueden faltar los incentivos básicos para emprender una transformación del trabajo

docente, y por el contrario aparecen las preocupaciones por la definitividad en el empleo, el mejoramiento de los salarios y las prestaciones y en general la obtención de mejores condiciones de trabajo. Cuando estas preocupaciones de carácter laboral anulan toda inquietud por la superación académica, es difícil esperar que existan las condiciones adecuadas para la renovación de la docencia. Por otra parte, la crisis económica actual ha agudizado el problema del personal académico, que ve reducirse sus ingresos en un proceso inflacionario continuo, y el efecto más inmediato es la búsqueda de ingresos complementarios, lo que distrae de la actividad docente, o bien provoca el abandono de ésta frente a mejores opciones de trabajo en el sector público y el privado.

El estudiantado presenta también sus propias características. En el proceso de masificación suele presentarse una población escolar cuyos niveles de preparación y conocimientos, como ya vimos, son bajos o no responden a las exigencias de la enseñanza universitaria. En estas condiciones, cualquier proyecto de mejoramiento de la educación a través de sistemas más rigurosos y exigentes provoca reacciones de resistencia en los alumnos que, por otra parte, ven en la pertenencia a la universidad las posibilidades de movilidad social, aunque no ignoran los problemas de subempleo y desempleo en las profesiones. Las autoridades, por último, concientes de estos problemas, se enfrentan a situaciones difíciles cuando pretenden modificar situaciones establecidas,

y muchas veces renuncian de antemano a una reforma académica ante los riesgos que ésta supone. Es posible que este panorama padezca de exceso de generalización, pero estimamos que es válido para presentar las condiciones actuales de la vida universitaria.

En estas circunstancias, ¿es posible pensar en un cambio de la universidad actual, generado desde el interior? A pesar de todo, optamos por una respuesta afirmativa, fundamentándola en un solo elemento de la actividad universitaria en general, y de la académica en particular, y consiste en lo que es esencial a su propia naturaleza. Los estudios superiores poseen la peculiar característica de enfrentar el conocimiento a sus propios fundamentos. Lejos de la antigua tradición sustentadora del conocimiento en la autoridad indiscutible, la época moderna se caracteriza precisamente en esta postura que cuestiona el sustento del saber y analiza hasta sus últimas consecuencias los principios y las causas que explican la naturaleza, la sociedad y el hombre, el arte y la religión. Si bien puede afirmarse que el desarrollo de la ciencia y la tecnología por una parte, y la deshumanización del arte y la vida por la otra, con la consiguiente trastocación de los valores que los sustentan y que dan sentido a la existencia y la coexistencia humanas, son la condición a que han desembocado la cultura y la civilización de nuestro tiempo, como la expresión última de un largo proceso de liberación del conocimiento y de la capacidad del hombre para llevarlo a sus límites, también es cierto que esta misma condición propicia el avance y descubrimiento de nuevos campos del conocer. La actitud crítica e inquisitiva del hombre ha sido factor primordial en estos avances, mediante el cuestionamiento y la interrogación que ponen en tela de juicio lo ya adquirido. Esta misma actitud está, o debe estar en principio, en el manejo, uso y transformación del conocimiento que es el asunto principal de la educación universitaria. Bien sabemos que precisamente una de las caras de la crisis actual de esta educación radica en el empobrecimiento de la tarea educativa, limitada a ser sólo la transmisión del conocimiento. Pero en su propia naturaleza -la de la educación- está la disposición o inclinación a poner en ejercicio las facultades superiores del individuo, tanto del que enseña como del que aprende. En este ejercicio está necesariamente comprometida la actividad inquisitiva ya mencionada, y el encuentro de las generaciones que se da por necesidad en el aula universitaria, es igualmente propicio para la confrontación de las ideas, las actitudes generacionales y la valoración de la cultura y sus expresiones. En este proceso educativo, complejo y vivo, su esencia radica precisamente en la posibilidad de renovar en cada individuo la capacidad de asombro ante el descubrimiento de los diferentes lenguajes en que se manifiestan el hombre, la vida, la sociedad y la cultura.

Porque en el encuentro con el conocimiento y el estudio se puede dar la posibilidad de estas respuestas, y porque así lo facilita el diálogo educativo, consideramos que en un momento histórico determinado es posible que surja en una comunidad universitaria, a partir de la crítica y el análisis, la revisión de las condiciones en que se encuentra la función educativa superior. Situación difícil, pero no imposible. Y aún podría añadirse otro obstáculo: pues quizá no basta la crítica, postura que se dirige o se enfrenta a estructuras establecidas, contenidos, métodos y programas, sino también la autocrítica, es decir, la propia revisión a lo que hacemos como funcionarios, docentes o alumnos. De aquí que toda tarea de renovación y cambio requiera capacidad para aceptar la evaluación y la autoevaluación como punto de partida hacia los cambios posibles de realizar. De otra manera, la resistencia será la reacción inmediata, imposibilitando todo proyecto de transformación.

En la medida en que este proceso se ponga en marcha y logre llegar a los problemas principales de la universidad, podrá considerarse la posibilidad real del cambio. Finalmente, sólo cuando se conoce la naturaleza de los problemas se puede considerar su solución, pues el desconocimiento de una determinada situación impedirá modificar ésta. En otras palabras, la universidad misma -funcionarios, profesores y estudiantes- debe tomar conciencia de su propia circunstancia, establecer el diagnóstico de los males que la aquejan, identificar sus causas y proponer soluciones. En la segunda mitad del siglo XX se han multiplicado los estudios sobre la universidad y en esta extensa bibliografía se pueden ver los diversos enfoques para la superación de sus problemas. La planeación concebida como un posible camino para establecer en un futuro determinado las condiciones deseadas, ha propiciado el desarrollo de estos estudios y el conocimiento de la naturaleza y características de los problemas de las instituciones universitarias. Desde el ingreso de los alumnos, como sistema de admisión y selección, hasta la situación de egresado frente al desempleo o subempleo, pasando por los contenidos de los programas de estudios, metodologías de enseñanza, formación de profesores, desarrollo de las habilidades y capacidades para el aprendizaje; es decir, todo el complejo de la actividad universitaria,

desde su inicio hasta su terminación, debe estar sujeto a análisis, evaluación y transformación, a la luz de los fines que debe cumplir la universidad. Estos son, en última instancia, los que deben explicar e identificar el papel y la significación de la universidad en nuestro tiempo y el futuro inmediato, años de fin de siglo y principio de uno nuevo. Si la sociedad cambia, así como sus medios de comunicación e información, si la historia nos muestra el continuo proceso de transformación de las comunidades y países; si la ciencia y la tecnología imponen su poderosa intervención en la vida individual y colectiva; si el hombre, en fin, se enfrenta en estos años a un cambio tan acelerado, que en los últimos cincuenta se han realizado más avances en el conocimiento, la ciencia y la técnica que en todo el pasado de la humanidad, ¿cómo pensar que puede seguir vigente y estática una concepción educativa cuyas raíces están en el pasado y a la que se exigen respuestas para el porvenir?

El entorno de la universidad ha cambiado y seguirá cambiando; y ocurre, además, que la sociedad sólo se percata de esto en el mismo ritmo y avance de un proceso que no se detiene y dentro del cual se encuentra. La universidad, además de poder transformarse para estar en posibilidad de responder a las exigencias de su tiempo, debe ser capaz de comprender e interpretar éste, pues de otra manera su transformación no tendría sentido. Aquí radica, finalmente, la significación de la universidad: una organización colectiva cuyos miembros tienen la capacidad de entender, interpretar y valorar su tiempo, descubrir el sentido del momento histórico que se vive y ofrecer, a quienes en ella se forman, los elementos necesarios para integrarse a su tiempo como individuos portadores no sólo de los conocimientos del momento, sino también de la comprensión e identificación de su sociedad, su cultura y sus valores. Sólo así podría pensarse que la universidad ha alcanzado la realización de sus altos fines educativos, mucho más allá de la mera formación profesional en función de un empleo. De otra manera, la universidad es empujada y condicionada por la circunstancia, y nada puede hacer como factor de transformación del hombre y de su sociedad. Si, por otra parte, la universidad se encuentra inmersa en lo que se denomina ahora una sociedad subdesarrollada y carece de esa fuerza superior antes citada, es porque ella misma es una universidad subdesarrollada y poco o nada podrá esperarse de ella para la superación de su propia crisis y la de la sociedad a la que pertenece.